

## ***El Oso en Villa la Angostura (fragmento)***

**Emilio Di Tata Roitberg**

–¿Usted es el hermano de Roberto? –dice la chica–. Adelante, bienvenido.

Andrés tiene que inclinarse para no darse un cocazo contra el marco. El ranchito es humilde pero cálido. Una olla borbotea sobre la cocina económica. Flota en el aire un aroma dulzón.

–¡Papá! ¡Ya llegó!

El hombre está sentado en un viejo sillón, con las piernas cubiertas por una frazada. Trata de ponerse de pie, pero no lo consigue. Cada movimiento, cada palabra parecen costarle un esfuerzo supremo.

–Se me dio güelta el tablón y me juí p'atrás, compadre. Me pasé a llevar una pila de bloques que estaba ahí abajito. Me la dí justo en las costillas, pues...

Fernando hace un gesto de sufrimiento, como si el sólo recordarlo le reavivara el dolor.

–Quédese tranquilo, papá –le dice Javiera, que no habla con acento chileno.

La chica retira de la hornalla una pava negra y abollada. Le sirve a Andrés un mate calentito.

–¡Perdón! Me olvidé de preguntarle si lo toma amargo o dulce...

Andrés le dice que así amargo está bien.

–Igual que su hermano –dice Javiera, y sonrío bajando la vista.

Es una muchacha petisa y cuadradota, con el pelo atado en un rodete y un pollerón negro largo hasta los tobillos. En la mejilla derecha lleva la cicatriz de una horrible quemadura, que se extiende casi hasta el párpado de abajo.

Cuando Andrés le devuelve el mate ella baja la vista y hace un gesto resignado, como si tratara de decirle: “Y sí, tengo la cara toda quemada, qué se le va a hacer...”

La Chica le muestra el lugar donde va a dormir. Un altillo al que se accede por una escalera de albañil apoyada en el frente de la casa. La única entrada es una ventanita por la que su corpachón apenas pasa.

–Por acá, por favor.

El lugar no es mucho más grande que una cucha de perro. Las pendientes del techo forman un triángulo en el que apenas hay lugar para una cama.

–Espero que le guste. No es ningún lujo, pero se lo ofrecemos de corazón.

Javiera lo trata de usted, aunque deben tener más o menos la misma edad.

–Es muy lindo –dice Andrés–. Muchas gracias.

No es más que un sucucho sombrío, es verdad, pero para él está muy bien. Después de haber pasado más de una noche en el piso helado de una comisaría, o en pabellones donde no sabía si iba a llegar vivo al día siguiente, tener un lugar como este para él solo resulta todo un lujo.

El Oso deja el bolso a un costado y se sienta sobre la cama.

–Muchas gracias –repite.

Tiene ganas de decir algo más, pero no se le ocurre qué. Javiera sonrío, de pie junto a él, restregándose las manos.

–Cualquier cosa que necesite, digamé. No tenga vergüenza.

No se va. Sigue sonriendo, pobrecita, con su mirada bondadosa y el cachete quemado como un churrasco. Andrés trata de sonreír él también, y le sale una mueca a mitad de camino.

© Emilio Di Tata Roitberg, 2009.

Editorial LETRAS DE LA PATAGONIA